

mun y principal alimento de los países inferiores, habia, hacia mucho tiempo, desaparecido de la llanura; pero el rico maíz, orgullo de la agricultura indígena, cargado de sus doradas espigas, todavía se encontraba, pues que forma el principal objeto de cultivo tanto en las altas como en las bajas regiones de la mesa.

Súbitamente se encontraron los españoles á las cercanías de una ciudad populosa, cuyos edificios les pareció luego que entraron en ella, que aventajaban en solidez y tamaño á los de Zempoalla;¹ eran de cal y canto y muchos de ellos de regular altura y espaciosos: habia trece teocallis en la plaza, y en los suburbios habia un gran osario donde, segun Bernal Diaz, estaban apilados y puestos en orden cien mil cráneos de víctimas humanas, que segun dice este historiador contó él mismo;² pero sea cual fuere el crédito que demos á la fidelidad de sus cálculos, el resultado es siempre horroroso. Los españoles debian familiarizarse con este espectáculo espantable, al acercarse á la capital del imperio.

1 El conocido hoy con el eufónico nombre mexicano de *Tlatlanquitepec*. (Viage, en Lorenzana, pág. IV.) El llamado por Bernal Diaz, (op. cit. cap. 61), *Cocotlan*. Los primeros españoles, estropeaban todos los nombres mexicanos, tanto de lugares, como de personas; y á fé que no les faltaba razon.

2 «Puestos tantos rimeros de calaveras de muertos, que se podian bien contar, segun el concierto con que estaban puestas, que me parecen que eran mas de cien mil, y digo otra vez, sobre cien mil.» Hist. de la Conq., ubi supra.

El señor de la provincia gobernaba á veinte mil vasallos: era tributario de Moteuczoma, de quien habia una fuerte guarnicion. Probablemente habia tenido noticias anticipadas de la llegada de los españoles, é ignoraba de qué modo les recibiria su soberano, porque les dió una acogida fria y tanto mas desagradable, cuanto mas extraordinarios habian sido los padecimientos de los viageros en los últimos dias. Cuando le preguntó Cortés si era vasallo de Moteuczoma, le respondió el noble con verdadera ó fingida sorpresa: ¿hay quién no sea vasallo de Moteuczoma?¹ Repúsole á esto el general, que él no lo era: díjole de donde y por qué venia, y le aseguró que él servia á un monarca que contaba príncipes entre sus vasallos, y que era tan poderoso como el mismo monarca azteca.

El cacique en compensacion no se quedó por corto al ponderarle el poder y grandeza del emperador indio. Dijo á su huésped, que Moteuczoma podia hacer alarde de treinta grandes vasallos, cada uno de ellos señor de cien mil guerreros:² que sus rentas eran inmensas, pues ningun vasallo por pobre que fuese dejaba de pagar alguna cosa: que todas estas riquezas se empleaban en el mantenimiento de

1 «El cual casi admirado de lo que le preguntaba, me respondió diciendo: que quién no era vasallo de Moteuczoma? Queriendo decir que allí, era señor del mundo.» Relacion segunda de Cortés, en Lorenzana, pág. 47.

2 «Tiene mas de treinta príncipes así sujetos, que cada uno de

los ejércitos y en los gastos de su magnífica corte; que aquellos estaban continuamente en batallas, y que además había guarniciones en las más de las ciudades principales del imperio: que anualmente eran sacrificadas en las aras de los dioses más de veinte mil víctimas cogidas en la guerra: que la capital estaba sobre un lago en el centro de un extenso valle: que aquel estaba frecuentado por las embarcaciones del emperador, y que á la ciudad se llegaba por calzadas de muchas millas de largo é interrumpidas por puentes de madera, que una vez alzados, impedían toda comunicacion. Algunas otras cosas añadió para contestar á las preguntas del huésped, dando á sus respuestas (como ya puede suponerse el lector), el vanidoso ó crédulo cacique, cierto barniz de ficción y de novela. Pero los españoles no por no saber si lo que estaban oyendo era realidad ó fingimiento, y á corazones menos esforzados que los suyos les habría retraído de continuar la comenzada empresa; pero lejos de esto, dice el valiente caballero frecuentemente citado, las palabras que habíamos oído, en vez de atemorizarnos, nos puso más ansiosos: tal es el temple del español,

ellos tiene cien mil hombres ó más de pelea. (Obiedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33 cap. 1.) Este cuento maravilloso ha sido transcrito seriamente por más de un escritor español, al dar idea del poder de la monarquía azteca; no como una asercion de este cacique, sino como un documento de estadística. Véanse entre otros á Herrera. Hist. general, Dec. 2, lib. 7, cap. 12.

mas impaciente por probar ventura mientras mas desesperada le parece.¹

En otra conversacion posterior preguntó Cortés al cacique si abundaba aquella tierra en oro, y le insinuó el deseo de recoger alguno para llevarlo á enseñar á su soberano; mas el señor azteca se rehusó á darle ninguno, diciéndole que eso desagradaría á Moteuczoma; pero que si él lo mandaba, su oro, su persona y cuanto tenia, quedaria á disposicion de los españoles. El general no insistió mas en aquella materia.

Naturalmente se habia picado la curiosidad de los naturales al ver los vestidos, armas, caballos y perros de los españoles. Marina, al satisfacer sus preguntas, aprovechó aquella favorable ocasion de ensalzar las proezas de sus compatriotas adoptivos, de espaciarse largamente sobre sus hazañas y victorias, y de ponderar las extraordinarias pruebas de respeto, que les habia dado Moteuczoma. Tal conducta parece que surtió sus efectos, pues poco después regaló el cacique á Cortés, algunos diges de oro, que aunque de poca valía, eran una muestra de buena voluntad: le envió tambien algunas esclavas, para que preparasen el pan para las tropas y les proporcionasen los medios de descansar; cosa

¹ Bernal Diaz, op. cit. cap. 61. Es una ligera jactancia del capitán, que provoca á risa, aunque no á desprecio, pues el que la decía tenia realmente mucho valor y una gran sencillez de carácter.

que por entonces importaba á los españoles mas que todo el oro de México.¹

El general español no descuidó en esta ocasion de inculcar á los indios, como lo tenia de costumbre, las grandes verdades de la revelacion, y de censurar la atrocidad de la supersticion de los naturales; mas el cacique le escuchó con urbana, pero fria indiferencia. Viéndose Cortés engañado en sus conjeturas, se volvió repentinamente á sus soldados y les dijo que ya era tiempo de plantar la cruz: los soldados se apresuraron á ejecutar aquella piadosa prevencion, y se representaron las mismas escenas que en Zempoalla, aunque con resultados muy diversos, pues el padre Olmedo mas cuerdo que los otros, no intervino en ellas. Manifestó que introducir el culto de la cruz entre los indios, estando en aquel estado de incredulidad é ignorancia, seria exponer el sagrado símbolo á que se le infriesen desacatos é insultos tan luego como los españoles se alejasen de allí: dijo que el único camino que habia que seguir era aguardar pacientemente á que llegara el tiempo en que mas despacio se pudiese inculcar el conocimiento de la verdad, en sus oscurecidos espíritus; y por fin, el templado razonamiento del buen pa-

¹ Para lo relativo á las páginas anteriores, pueden verse ademas de las autoridades citadas en el texto, á Pedro Mártir: *De orbe novo*, Dec. 5, cap. 1; á Ixtlilxochitl, *Hist. Chich. MS.*, cap. 83; á Gomara, *Crónica*, cap. 44; y á Torquemada *Monarqu. Ind. lib. 4, cap. 26.*

dre, prevaleció sobre el marcial entusiasmo de los demás.

Fué fortuna para Cortés que el padre Olmedo no fuese uno de esos frailes fanáticos, cuyo celo se inflama en tales ocasiones: esto habria tenido la mas funesta influencia sobre la suerte de la expedicion, pues que despreciando todos los intereses temporales comparados con la grande obra de la conversion, por conseguir esta, el poco escrupuloso soldado acostumbrado á la severa disciplina de un campamento, habria empleado los medios mas violentos, caso de que los suaves y pacíficos se hubiesen malogrado.¹ Pero Olmedo pertenecia á esa clase de benévolos misioneros en que para su honor y gloria ha sido tan fecunda la Iglesia Católica: de esos hombres prudentes que confian la conversion á armas puramente espirituales y que solo inculcan doctrinas de amor y de benevolencia, las mas á propósito para conmovier la sensibilidad y ganarse el afecto de un auditorio tosco é ignorante: estas han sido las armas de la Iglesia primitiva, las con que en sus primeras edades llevó sus banderas victoriosas hasta los mas remotos confines del orbe; mas no fueron, en verdad, las de los primeros conquistadores de América, que imitando mas bien la política de los victoriosos mu-

¹ El general pertenecia enteramente á ese ejército militante de quien dice Butler «que funda su fé en el sagrado texto de la pica y del cañon; y que prueba sus doctrinas ortodoxas á golpe y porrazo.»

sulmanes, llevaban en una mano la Biblia y en la otra el acero: imponían obediencia en materias de fé no menos que en las de gobierno, sin cuidar de que la obediencia fuese cordial, y atendiendo únicamente á que se observasen las ceremonias de la Iglesia. Las semillas esparcidas de esta manera violenta habrían perecido á poco tiempo, á no ser por los misioneros españoles que vinieron en tiempos posteriores á cultivar el mismo terreno, y viviendo como hermanos entre los indios y mediante una larga y trabajosa cultura, lograron hacer que se arraigasen y fructificasen en los corazones de estos, los gérmenes de la verdad.

El general español permaneció en la ciudad cuatro ó cinco dias, para reunir sus fatigadas y estenuadas tropas. Los indios modernos todavía enseñan ó enseñaban á lo menos á fines del siglo pasado, el venerable sabino á cuya sombra estuvo atado el caballo del *Conquistador*, nombre que por excelencia se dá á Cortés.¹ El camino corría ahora por un estenso y ameno valle, fertilizado por un arroyo, circunstancia que no ocurre muy frecuentemente en la mesa central de Nueva-España. El suelo estaba protegido de los calores estivos, por bosques que hoy son aun mas raros que entonces, pues

1 «Arbol grande, dicho *ahuehucte*.» (Viage, en Lorenzana, pág. III) *Cupressus disticha*. Linn. (Humboldt, Essai politique; tom. II, pág. 54, note.)

los invasores destruyeron poco tiempo despues de la conquista las magníficas selvas (dignas rivales en variedad y belleza, de las de nuestros Estados del Sur y del Occidente) que cubrían la mesa en tiempo de los aztecas.¹

A lo largo de todo el rio y sus dos orillas, se veía una línea no interrumpida de habitaciones tan próximas una á la otra, que casi se tocaban, y esto por tres ó cuatro leguas; lo cual prueba que la poblacion era entonces mucho mas numerosa que ahora.² En un sitio elevado y escabroso se levantaba una ciudad de cinco ó seis mil habitantes, dominada por una fortaleza, con sus murallas y trincheras, la cual fortaleza pareció á los españoles igual á las de su clase en Europa: allí hicieron de nuevo alto las tropas, y fueron amigablemente recibidas.³

1 Este mismo gusto que ha desnudado de sus bosques á las Castillas, la mesa de la Península. Sin embargo, en Nueva-España, parece que esta destrucción ha sido el resultado de razones de prudencia, y no solo de un gusto caprichoso. Habiendo visitado uno de mis amigos una grande hacienda, extraordinariamente árida, le dijo el propietario que se habian echado abajo los árboles para impedir á los perezosos indios que perdiesen el tiempo holgando á la sombra de ellos.

2 Esto confirma las observaciones de Humboldt. «Seguramente, cuando por primera vez llegaron los españoles, toda esta costa desde Papaloapam (Alvarado) hasta Huastecapan estaba mas poblada y mejor cultivada que hoy; sin embargo, al paso que iban internándose mas los conquistadores en la mesa del centro, iban encontrando poblaciones menos diseminadas, campos divididos en porciones mas pequeñas y mayor civilizacion en los habitantes. Essai politique, tom. II, pág. 202.

3 El correcto nombre de la ciudad, llamada *Ixtacamaxtilan*,

Cortés determinó allí el camino que debía de seguir: los naturales le habían aconsejado que siguiese el de la antigua ciudad de Cholula, cuyos habitantes, súbditos actuales de Moteuczoma, eran de un carácter manso, y se dedicaban á las artes mecánicas y á otras igualmente pacíficas, por manera que recibirían amistosamente á los españoles; mas los aliados zempoaltecas advirtieron á los españoles que no se fiasen de los cholultecas, pueblo falso y pérfido, sino que tomasen el camino de Tlaxcalan, esa valiente república que por tanto tiempo se había mantenido independiente de México. El pueblo era tan franco como intrépido y de buena fé en sus tratos: siempre había estado en buena armonía con los totonecas, y ahora ofrecía grandes garantías de que estaría bien dispuesto hácia ellos.

El general español siguió los argumentos de los aliados, y para mejor asegurarse de la buena acogida de los tlaxcaltecas, resolvió enviarles una embajada. Para ello escogió á cuatro de los principales zempoaltecas, y mandó con ellos un presente marcial, que consistía en un casco de género carmesí, una espada y una ballesta, armas que según había notado, escitaban general admiración entre los na-

Iztamacítan de Cortés, apenas puede traslucirse en el *Xalacingo* de Bernal Díaz. En 1601, fué removida la ciudad, de la cumbre del cerro al valle. En el primer sitio subsisten todavía enormes fragmentos de piedra labrada que prueban la elegancia de la antigua fortaleza ó palacio del cacique. Viaje en Lorenzana, pág. V.

turales: añádase á todo esto una carta en que solicitaba el permiso de atravesar por el país: en ella encomiaba el valor de los tlaxcaltecas que por tanto tiempo habían resistido al soberbio imperio de los aztecas, que él venía ahora á humillar.¹ No era de creer que aquella carta escrita en buen castellano, fuese comprendida por los tlaxcaltecas; pero Cortés cuidó de informar de su contenido á los embajadores. Los misteriosos caracteres de la carta, produjeron en los indios la idea de una inteligencia superior á la suya, y la tomaron por una de esas misivas en geroglíficos, que formaban las credenciales de los embajadores indios.

Tres dias permanecieron los españoles en aquella plaza amiga, despues de que partieron y emprendieron su camino los enviados. Aunque en país amigo, siempre andaban como si estuviesen en uno de enemigos, con la caballería y tropas ligeras á la vanguardia, los bagages y tropas pesadas á la retaguardia, y todo el ejército en disposición de batalla: los soldados jamás dejaban sus armas; dormidos ó despiertos siempre las traían consigo. Esta vigilancia incesante les cansaba tal vez mas que las fatigas corporales; pero aunque confiaban en su superioridad

1 «Estas cosas y otras de gran persuasión contenía la carta; pero como no sabían leer, no pudieron entender lo que contenía.» Camargo, Hist. de Tlaxcalan, MS.

sobre los indios peleando á campo raso, conocian el inminente riesgo que corrian en el caso de ser sorprendidos por ellos. Cortés les decia: "ya veis, mis compañeros, cuán pocos somos; estemos, pues, apercebidos á la batalla, no como si fuésemos á entrar en ella, sino como si ya estuviésemos peleando en este momento."

El camino que siguieron los españoles es el mismo que hoy conduce á Tlaxcalan; aunque no el que se sigue al ir de Veracruz á la capital, pues este da un rodeo considerable hácia el sur de Puebla, pasando por las inmediaciones de Cholula. Mas de una vez vadearon el rio que riega aquellos hermosos prados, deteniéndose algunos dias en el camino, con la esperanza de recibir la respuesta de la república; mas la inesperada é inexplicable tardanza de los mensajeros, les confundia y les causaba alguna inquietud.

Caminando por un país que ya tenia otro aspecto mas árido é inculto, fueron súbitamente detenidos por una notable fortificacion. Era esta una muralla de piedra, de ocho piés de altura y veinte de espesor, coronada de un parapeto de pié y medio de ancho, destinado á defender á los combatientes. Tenia solamente una entrada en el centro, formada por dos muros semicirculares que se estendian uno sobre otro, cuarenta pasos, dejando un intervalo de diez pasos y de tal manera dispuesto que lo domi-

naba enteramente la muralla interior: la muralla de unas dos leguas de largo, se apoyaba por sus dos extremos en dos estribos naturales formados por la sierra: estaba hecha con enormes pedazos de piedra trabados cuidadosamente con mezcla.¹ Los restos que aun quedan de esta muralla, algunos de ellos de todo el ancho que tenia, prueban claramente su gran solidez y dimensiones.

Esta extraordinaria fortificacion señalaba los límites de la república, y segun dijeron á los españoles, servia de barrera contra las invasiones de los mexicanos. El ejército se detuvo lleno de asombro al contemplar aquel monumento gigantesco, que tan alta idea sugeria del poder y fuerza del pueblo que lo habia levantado: les causó tambien algun sobresalto acerca del resultado que habria tenido su embajada á Tlaxcalan, y sobre el recibimiento que allí se les esperaba; pero eran demasiado valientes para que les dominasen aquellos temores por largo tiempo: se puso Cortés á la cabeza de la caballería, y exclamando como en otra vez: "Soldados, adelan-

1 Segun este último escritor, estaban trabadas las piedras por una argamasa tan sólida, que los soldados apenas podian romperla con sus picas (cap. 62). Pero lo contrario se afirma en la carta del general, y está probado por la apariencia que hoy tienen los restos de la muralla. Viaje en Lorenzana, pág. VII.

2 Viaje en Lorenzana, ubi supra. Los esfuerzos del señor arzobispo por rectificar el camino que siguió Cortés, fueron muy útiles; y es lástima que no corresponda á ellos el mapa que acompaña al itinerario.

te; la Cruz es nuestra bandera, y bajo esta señal conquistaremos," hizo atravesar á sus soldados por el indefenso paso, y en pocos momentos se vieron hollando el suelo de la libre república de Tlaxcalan.¹

1 Camargo. Hist. de Tlaxcalan, MS. Gomara, Crónica, cap. 44, 45. Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., 83. Herrera, Hist. general, Dec. 2, lib. 6, cap. 3. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 2. Pedro Mártir: de Orbe Novo, Dec. 5, cap. 1.

CAPITULO II.

República de Tlaxcalan.—Sus instituciones.—Su historia antigua.—
Discusiones en el senado.—Sangrientas batallas.

(1519.)

Antes de que penetremos con los españoles en el territorio de Tlaxcalan, será conveniente dar alguna idea del carácter á instituciones de aquella nacion, bajo ciertos aspectos la mas notable de Anáhuac. Los tlaxcaltecas, descendian de la misma raza que los mexicanos:¹ vinieron al país que ocupaban,

1 El cronista indio, Camargo, considera á esta nacion como una rama de la chichimeca (Hist. de Tlaxcalan, MS.) Véase tambien á Torquemada, Monarq. Ind., lib. 3, cap. 9. Clavijero, que ha estudiado cuidadosamente las antigüedades de Anáhuac, la llama una de las siete naciones Nahuatlacas (Hist. de Méx., tomo 1, pág. 53, notas.) La cuestion no importa mucho, puesto que todas estas naciones eran de la misma familia, hablaban la misma lengua, y probablemente emigraron al mismo tiempo del país que habitaban allá en el Norte.